

LIBRO PRIMERO

PUEBLOS AFRICANOS DEL SUD

CAPITULO PRIMERO

TERRITORIO Y PRODUCTOS NATURALES DEL SUD DE AFRICA

«Un país de estepas, pobre en habitantes, que en la parte más solitaria del Océano se extiende hacia el árido Sud.»

Carácter del territorio del Africa meridional. — Aguas corrientes. — Clima. — Plantas. — Animales

Si concebimos el África meridional como la parte del continente situada al Sud de las desembocaduras del Cunene y del Zambezé, nos encontraremos con un país en el cual predomina la forma de meseta, y que sólo está unido al mar por una playa estrecha á la que, en muchos puntos, van á parar rápidos declives de difícil acceso. Esta meseta, cuya altura media puede ser calculada en 800 á 1,200 metros, está cerrada al Sud y al Este por montañas que se extienden á manera de largas cadenas de notable elevación, pero de cimas muy poco marcadas. Las más altas de éstas tienen 3,160 metros (Cathlin's Peak, en el 25° de latitud Sud) y 2,600 (el monte Compás). Estas montañas alcanzan su mayor desarrollo al Este, en donde los montes de Draken se extienden desde la bahía de Algoa hasta el trópico de Capricornio, para desde éste descender, formando el borde derecho del valle de Limpopo, hasta el territorio bajo de Inhambane. Por regla general, este arco de montañas forma también el borde elevado de la meseta sud-africana, lo cual aparece más marcado en el Este que en el Sud. En la parte oriental encontramos, con efecto, la única cordillera verdaderamente tal, la de los montes de Draken, que en dirección al Este descienden en forma quebrada hacia el mar, al paso que al Oeste tocan, formando alturas avanzadas, á la meseta que bañan el Vaal y el Orange: hacia el Noroeste, se extienden por la misma meseta más que las otras montañas, tomando proporciones elevadas y constituyendo el territorio del Transvaal, de tan accidentada estructura.

El borde meridional de la meseta no ofrece la misma sencillez, sino que forma una vertiente en gradas, marcada por dos montañas que se alzan una detrás y hasta cierto punto encima de otra. El país se levanta allí perpendicularmente al mar, formando la cordillera de los montes Zwarté — cuya altura media es de 1,600 á 1,800 y en algunas cimas de 2,200 metros — desde donde desciende á la meseta de Karu (1,000 metros), mezcla de arcillas y de arena, que en el período de la sequía presenta la dureza y sequedad de la piedra, de donde se deriva el nombre de *Karru* con que la conocen los hotentotes. Al otro lado de esta ondulada llanura, que como un largo valle se extiende sobre una superficie de 1,500 millas cuadradas, levántase otra montaña que, en su parte

occidental, recibe el nombre de Roggeveld y en la occidental es denominada primero Nieuweveld y luego montaña de la Nieve. A esta última pertenece, además del citado monte Compás, un gran número de cimas de más de 2,000 metros de altura que justifican, á lo menos durante una gran parte del año, el nombre de montaña de la Nieve, por la cantidad de ésta que las cubre. Dentro de este gran arco de montañas encuéntrase situada la meseta del país del Cabo, que desde una altura de 1,800 metros va descendiendo paulatinamente hacia el río Orange que, con sus afluentes, corre por unos valles estrechos y escalonados (*kloofs*, simas) cuya profundidad alcanza hasta 300 metros, al través de la meseta, que tiene una elevación media de 1,000 metros. Esta meseta continúa con igual y en algunos puntos mayor altura al Norte del Orange, en el desierto de Kalahari, que abarca un espacio aproximadamente de 10,000 millas cuadradas. Algunas pequeñas colinas y montañas en forma de mesetas están aquí y allí diseminadas en esta superficie y sólo en la costa alcanzan una mayor elevación (Omatoko, 21' de latitud Sud, 2,700 metros), sin por eso tener la condición de verdaderas montañas. Es imposible fijar de una manera concreta la frontera septentrional de esta meseta. El lago Ngami (situado, según Livingstone, á 1,132 metros) y sus afluentes septentrionales alcanzan una altura mayor de 1,000 metros, y todo cuanto sabemos de las comarcas situadas más hacia el Norte en el Zambezé y más allá de este río, demuestra la exactitud de la opinión de K. Ritter, al afirmar que esta meseta sud-africana es una parte de la meseta misma del África.

Con una ojeada general se ve, pues, que la relación de las alturas del Sud de África es tal, que existe una gran diferencia entre el Este y el Oeste; ya que en el primero aparecen las montañas más grandes, más encadenadas entre sí y al propio tiempo más dilatadas, al paso que en el segundo se presentan aquéllas más bajas y más aisladas. De modo que el Oeste, hacia el trópico, participa de una manera más marcada que el Este del carácter orográfico del interior.

Para las aguas corrientes, — prescindiendo de insignificantes riachuelos de las costas, que recorren más precipitadamente las estribaciones de la meseta que descienden hacia el mar, — esta conformación del suelo ofrece distintos caminos de desagüe, cosa propia de la naturaleza de las mesetas que excluye toda caída violenta hacia uno ú otro lado. La corriente del Orange recoge inmediatamente las aguas que desde las montañas del país del Cabo se precipitan al interior formando profundas cañadas, cuyas paredes se alzan á menudo perpendicularmente, de tal suerte que el agua corre entre ellas como por entre estrechos canales. Acorrallado y además desigual en muchos puntos por causa de las influencias climatológicas, el caudal de aguas de este río

presenta extraordinarias diferencias, habiendo puntos en los cuales la altura máxima y la mínima de las aguas se diferencian, en un mismo año, de algunos metros. Esta diferencia aparece más marcada por el hecho de que el Orange, por lo mismo que desde los países abundantes en lluvias desciende á las comarcas del Cabo, que son pobres de ellas, no recibe en su cauce ningún refuerzo notable y mucho menos constante, excepción hecha del que le proporciona el Vaal (ó Hai Garib), que es su principal afluente; y sólo van á parar á él torrentes que en algunas épocas traen aguas (*fumares*) pero que, por regla general, permanecen secos durante la mayor parte del año. El Limpopo no tiene, como el Orange, el carácter de un río que procede de áridas mesetas sino que es, en casi todo su curso, el verdadero hijo de la montaña, por cierto no de la más pobre en aguas, y sólo poco antes de su desembocadura la corriente, atravesando terrenos bajos, se hace más lenta y débil. El Limpopo nace, también, en el interior del África, pero no encuentra como su hermano occidental un camino directo hacia el exterior, sino que corre á lo largo de la vertiente occidental de los montes Draken en dirección al Norte y al llegar al extremo septentrional de los mismos, tuerce hacia el Este y se dirige al Océano Índico. Este río es de todos los grandes ríos del Sud de África el más caudaloso y regular, por estar situado no sólo al Este, sí que también más hacia el Norte. Entre el Limpopo y el Zambezé hay un gran número de ríos caudalosos pero de corta corriente, al paso que entre el Orange y el Cunene no se encuentra ningún río propiamente dicho, encaminándose solamente al mar algunos arroyos por los cuales sólo tardía é irregularmente circula el agua. Estos arroyos son precisamente los que, desde el Sud, desembocan en el lago Ngami, que tiene, en cambio, en el Tioget un afluente septentrional permanente.

El África meridional es, pues, con relación á su superficie, pobre en ríos, no poseyendo ninguno navegable. Pero en este punto vemos reproducido el contraste que ya hemos visto entre la mitad occidental y la oriental de ese territorio, contraste que no aparece menos marcado en la hidrología de lo que lo hemos notado respecto de la forma superficial del suelo. Las causas de esto las encontraremos también en las condiciones climatológicas.

El clima del Sud de África es, por regla general, seco, pero las lluvias aparecen en las vertientes de las montañas que miran al mar en proporción muy distinta que en el interior, pues en aquéllas los húmedos vientos marítimos depositan sus aguas, pasando luego al interior á donde llegan, por ende, más secos. Esta región interior sólo recibe humedad por los vientos del Este y del Sudoeste, y de aquí que las más abundantes lluvias caigan en la parte oriental del país, que, por la mayor elevación de sus montañas, es también más á propósito para condensar mayor suma de humedad. Estos vientos no sólo llegan á las costas occidentales secos, sino que en éstas existe una corriente marítima fría, la llamada corriente costanera sud-africana, que, corriendo á lo largo de las costas, roba la humedad á los vientos cálidos y húmedos que se dirigen al interior antes de que lleguen á éste. Por esto en el país de los damaras aparece una naturaleza casi árida y desierta que se extiende hasta la costa. La cantidad de lluvia alcanza en la ciudad del Cabo 598 milímetros anuales, y disminuye, en la parte oriental del Karru, hasta 390 á que llega en Graaf Reynet. Estas cifras no son en manera alguna exiguas: la del Cabo corresponden de casi exactamente con la de Berlín y en muy poco es superada por la de Londres; pero en cambio la distribución de las lluvias es muy distinta, pues en el Cabo mismo un verano completamente seco forma contraste con un invierno

no durante el cual cae la mitad de aquella cantidad de lluvia, cuya otra mitad se distribuye casi toda por iguales partes entre la primavera y el otoño, no quedando apenas $\frac{1}{30}$ para el verano (diciembre, enero y febrero).

Más desigual aparece todavía la sequedad del aire, que es muy considerable é influye notablemente en el carácter climatológico del país, justificando más que nada la calificación de «país seco» que se ha dado al África. En efecto, mientras en el Cabo la humedad relativa es de 70 por ciento, en Graaf Reynet no pasa de 56 por ciento, y desciende, según cálculos de G. Fritsch, á 15 por ciento en el país de los bawangketsi. Con sequedad tal, no puede menos que secarse todo aquello que puede despedir humedad. Los útiles de madera, en la costa considerados como completamente secos, se contraen en el interior de una manera inesperada: las construcciones se secan allí en pocos días, la carne simplemente secada al aire se conserva inalterable durante meses, etc. Pero en donde más se dejan sentir los efectos de este clima es en la vegetación, pues sólo se encuentran plantas verdes en los sitios resguardados, como en las cañadas, en las paredes de roca escabrosas, etc., al paso que los territorios descubiertos tienen como una corteza seca y petrificada.

Dadas estas circunstancias, la agricultura sólo es posible naturalmente gracias á los riegos artificiales, los cuales luchan, á su vez, con la dificultad del escaso caudal de aguas de algunos manantiales naturales, cuyo agotamiento ha obligado á algunas colonias á dirigirse á otros lugares, como le sucedió á una colonia europea tan importante como la de Bloemfontein, que en 1862, año escaso en lluvias, estuvo á punto de ser abandonada, es decir, trasladada á otro sitio más abundante en aguas. El cultivo de los cereales se ha practicado, durante mucho tiempo, en el país del Cabo y del interior únicamente en aquellos terrenos que presentan condiciones muy favorables, por conservar sobremedera la humedad. El crecimiento de los productos agrícolas se verifica en tales lugares con extraordinaria rapidez, habiendo por ejemplo maíz ó mijo de café que se siembra en octubre y se cosecha á fines de febrero. En general, el África meridional no es un país agrícola: también es demasiado seco para la cría del buey; en cambio es un terreno predestinado, como la Australia, para la cría del carnero. Es curioso el hecho de que los habitantes de la colonia del Cabo crean que el país se va haciendo cada vez más seco y de que esta transformación se opera con bastante rapidez, y como prueba de ello se citan á menudo restos de arboledas, en otro tiempo más pobladas, que sólo en determinados puntos se encuentran. G. Fritsch dice, con razón, que en todo el Sud de África los árboles se presentan en muy escaso número, y que aun así sólo vemos allí algunas especies que pueden resistir grandes sequedades. Existen, sin embargo, muchos hechos que indican, por lo menos, que gran número de lugares, antes húmedos, se han ido paulatinamente secando, y no falta quien atribuya el retroceso de los indígenas en buena parte á este fenómeno especial de la desecación del Sud de África.

La distribución de la temperatura es más favorable que la de la humedad, especialmente en las costas, en donde los contrastes, aumentados por la sequedad, se hallan templados por la influencia de las húmedas brisas marinas. La temperatura media del año en la ciudad del Cabo es de 18° 0', la del invierno es de 13° centígrados; la de Pieter-Maritzburg es de 18° 2', y la diferencia que entre el verano y el invierno existe es de 7° centígrados. Los contrastes son más marcados en el interior, en donde, en Graaf Reynet por ejemplo, aparece una diferencia de 11° entre el invierno y el verano; esta diferencia es la mayor que en aquella región

se nota. Las temperaturas más elevadas que en la ciudad del Cabo se han observado vacilan entre 38°, las de Graaf Reynet entre 40° centígrados. También es notable la diferencia entre el calor del día y el fresco de la noche, debida á la sequedad y transparencia del aire. En la meseta del interior no son raras las heladas, pero constituyen fenómenos pasajeros, de la misma manera que las nevadas, que sólo llegan á formar una capa de nieve en las montañas. Un clima sin invierno, tal como se encuentra de una manera muy marcada en el Sud de África, ejerce, bajo algunos conceptos, una influencia tropical sobre los hombres: en éstos falta, como observa G. Fritsch, la influencia tonizadora que sobre las fibras orgánicas tiene el frío del invierno, y por esto se observa una decadencia gradual de las funciones corporales, que se manifiesta especialmente por una pérdida de energía y por una laxitud en los movimientos. Este influjo aparece así en los blancos inmigrados como en los naturales del país, fenómeno corroborado, á lo menos en apariencia, por la afirmación, un tanto sospechosa sin embargo, de que en el África meridional los mismos animales domésticos son más dóciles, más mansos y más amables que en otras partes, incluso el perro y el gato.

La flora del Sud de África, especialmente en el territorio del Sud del Orange, es extraordinariamente rica, más rica y sobre todo más especial que en ninguna otra comarca, en proporción á la extensión del mismo. Esta flora con sus 8,000 especies desarrollándose en un clima nada favorable á la vegetación, constituye un verdadero enigma que sólo puede resolverse por el estudio histórico del desarrollo gradual de la vida vegetal de la tierra. Considerada, empero, desde el punto de vista de la utilidad para el desenvolvimiento humano, se nos aparece pobre é insignificante. Comienza por ser desfavorable el hecho de que las principales plantas pertenecen al género de los arbustos, de suerte que faltan en este país los bosques propiamente dichos y los prados en el sentido que á esta palabra dan los pueblos del Norte. Pero además de esto, son allí casi completamente inútiles para el hombre las familias características de las proteóideas, ericáceas, pelargonias, lobelias, crasuláceas, oxálidas y orquídeas. El único fruto cuya utilidad puede ser comparada con la de nuestras clases de frutos, es el higo hotentote (*Mesembryanthemum edule*), que constituye uno de los árboles más abundantes en el país del Cabo: comido al natural es de sabor insípido, pero confitado es un manjar agradable. La grosella espinosa del Cabo (*Physalis pubescens*) ha sido, á pesar de su nombre, calificada por algunos de vegetal importado. Los frutos del castaño cafre (*Brabeium stielatum*) son comestibles después de haber estado durante algún tiempo en remojo. Las cebollas de *Ixias* y otras liliáceas son uno de los principales alimentos de los bosquimanos y de los korannas, lo propio que el meollo de la gruesa raíz del pie de elefante (*Testudinaria elephantipes*) y el de las ramas de la *Zamia*. Las flores de la planta acuática *Apomogelon distachys* se comen como alcapparras ó en sustitución de los espárragos. Como plantas medicinales, gozan de gran fama en la colonia algunas clases de *Diosma*, el *Arctopus echinatus* y sobre todo el áloe ó acibar: este último es el único cuya fama se ha extendido por el extranjero, á donde se exporta anualmente en gran cantidad su espeso jugo. También se atribuye cierta virtud medicinal á la miel de las nactaradenas de la *Protea mellifera*. La baya de cera (*Myrica cordifolia*) produce una cera vegetal tan buena como la de las abejas. Con esto queda completada la lista de las plantas que tienen importancia para el hombre, debiendo añadir tan sólo que la falta de verdaderos talleres de árboles se ha dejado sentir ya ahora en la despoblación de bosques

realizada con extraordinaria rapidez, que ha influido de un modo doblemente funesto, dadas las circunstancias de aquel territorio, puesto que las yerbas naturales no crecen en cantidad bastante para la cría de bueyes en gran escala.

Dadas estas circunstancias, no es de extrañar que los pueblos que tal país habitan no hayan pasado de un grado muy ínfimo en el fomento de la ganadería y de la agricultura, pues sólo en determinados lugares, y ricos dones de la naturaleza. En general, esa región no es favorable á una explotación constante, sedentaria, y esto lo han experimentado no sólo los indígenas sí que también los colonos europeos, dotados de mayor inteligencia, perseverancia y prudencia y provistos de mejores utensilios y animales domésticos, en cuya prosperidad y progreso dejó sentir su influencia una inclinación, las más de las veces funesta, á la vida nómada.

Para comprender este rasgo especial del carácter, hay además que tener en cuenta la fauna del Sud de África. Lo que en la descripción general se ha dicho respecto de la fauna de una gran parte del país puede en primer término aplicarse á la región meridional del África. Los primeros europeos encontraron en ésta un número extraordinario de paquidermos colosales: elefantes, rinocerontes, hipopótamos, búfalos, cabras salvajes, jirafas, cebras, cuagas y antílopes, en número y variedad verdaderamente sorprendentes (casi las tres séptimas partes de las especies conocidas las encontramos en el espacio, relativamente reducido, que se extiende desde el trópico de Capricornio hasta el extremo Sud). Hoy en día, una gran parte de estos animales — cazados los unos para distintos objetos, muertos otros por mero capricho y propios todos para llevar la pasión cinegética, aun la de los blancos, á un grado contrario á la propagación de la cultura — ha sido acorralada en los territorios templados del África meridional. Centenares de miles de gacelas, en otro tiempo más funestas para los campos y prados de los boers que las plagas de langostas, han desaparecido hoy por completo. Algunos elefantes habitan los bosques cercanos al gran río de los Pescadores, y sólo se presentan en número que compensa las molestias de la caza en el Sud del Zambezé y únicamente en los territorios de los matabeles y de los damaras. Los rinocerontes han desaparecido del país del Cabo desde 1833 y los hipopótamos, antes tan numerosos, desde 1857; en cuanto á los búfalos, sólo los encontramos en los pequeños territorios. El avestruz se ha salvado de sufrir igual suerte por haberse convertido en animal doméstico. Los animales carnívoros, que probablemente existieron allí en otro tiempo en la misma abundancia que los rumiantes y los paquidermos, escasean cada día más: el león, especialmente, ha llegado á ser un animal raro. En cambio, abundan los leopardos y las hienas y el lobo terrestre (*Proteles*), tan característico para la fauna sud-africana; el leopardo es considerado como uno de los carnívoros más peligrosos y más dañinos. El chacal es muy común y desempeña un papel importante en las leyendas populares de los indígenas. En el género de las aves, prescindiendo del avestruz, sólo hay que notar una gran relación inmediata entre ellas y el hombre respecto de algunas clases útiles insectívoras, cuya importancia se comprende con sólo tener en cuenta la gran riqueza de insectos que el África posee. Las langostas, las hormigas blancas y las polillas sólo encuentran un freno en sus devastaciones en las golondrinas, en las golondrinas cruzadoras de estepas, cornejas, merópidos, estorninos, bufagos, avefrías y grullas, cuya principal ocupación consiste en comerse á aquellos insectos. Además, las muchas aves de

rapaña son de gran utilidad, pues se comen á los animales fieros y domésticos muertos, cuyo número es extraordinario dada la abundancia de los mismos en aquel país. Entre los pájaros que pueden ser cazados merecen citarse en primera línea las pintadas, y distintas especies de perdices y de codornices; pero la caza de pluma tiene escasa importancia entre los sud-africanos. Respecto de los reptiles, abundan en Natal las serpientes; el cocodrilo sólo deja de verse en las comarcas templadas, y las tortugas, de las cuales se saca la concha, las encontramos en la orilla de la bahía de Delagoa. La abundancia de peces en los ríos y en las costas es extraordinaria, y por esto extraña tanto más la aversión que hacia la pesca muestra una gran parte de los sud-africanos, especialmente los betschuanos. De la clase de insectos mencionaremos finalmente la mosca zezé, cuya importancia es tal que sirve de norma á la difusión del hombre y de sus animales domésticos en ciertos territorios. De todo lo dicho resulta la certeza de que podríamos, y aun en parte deberíamos, establecer estrechas relaciones entre el reino animal y el hombre.

CAPÍTULO II

GENERALIDADES ACERCA DE LOS SUD AFRICANOS DE COLOR CLARO

«Me parece que estos son pueblos africanos primitivos.»

PEDRO KOLB

Situación de los sud-africanos de color claro entre los pueblos del África. — Relaciones entre bosquimanos y hotentotes. — Idioma de los hotentotes. — Afinidades etnográficas y tradiciones

En el rincón estrecho y puntiagudo que, á modo de península, encontramos en el extremo de esta parte del mundo y que denominamos Sud de África, es de estudiar una parte de la humanidad africana de un carácter muy especial por lo que á la construcción, al idioma y á las costumbres se refiere. No son estos africanos los únicos en habitar este territorio, pero ocupan la porción más extensa y de un carácter más especial, al Oeste y al Sud, al mismo tiempo que la menos favorable á la cultura. Estas desfavorables condiciones que como punto de residencia ofrece, merecen ser tomadas en consideración, si se quiere entender bien su estado, en muchos conceptos de inferioridad suma, dentro del círculo de los pueblos africanos, puesto que en ningún punto se presentan condiciones á propósito para la agricultura y aun la misma ganadería se hace imposible en millares de millas cuadradas por tener el suelo árido y pedregoso. Si á esto se agrega la falta ó por lo menos pobreza de trato, de que es causa su situación en un extremo y borde del territorio, hasta que los europeos se fijaron en las costas, se comprenderá la escasa cultura que tales poblaciones tienen y que forma contraste con la de los mismos negros del Sud, á pesar de distinguirse éstos bien poco bajo este concepto. La pobreza que las caracteriza es la misma que vemos en todos los ángulos remotos de nuestro planeta, así en la Tierra del Fuego como en Tasmania, así en la comarca del Labrador como en la Laponia. En aquéllas, sin embargo, preséntase otra diferencia antropológica ó etnográfica más profunda, diferencia que veremos claramente cuando describamos los dos grupos de sud africanos de color claro, los bosquimanos y los hotentotes, y que ahora podemos indicar diciendo que estos pueblos se distinguen de la gran masa de los africanos por su pequeña estatura, por el color claro de su piel y por algunos otros

rasgos anatómicos menos importantes: sus idiomas son especiales, y lo mismo puede decirse de muchas de sus costumbres. En contra de la hipótesis de que estas cualidades son efectos de la separación realizada en condiciones de naturaleza menos favorables, puede oponerse lo que sucede con otros pueblos semejantes de los más distintos territorios del África central, lo cual, siendo innegable á pesar de las muchas deficiencias que en ello se notan, presta á la aparición de estos sud-africanos de color claro un mayor interés, á saber el de que sean quizás un resto único y conservado compacto de una población en otro tiempo, según todas las apariencias, mucho más extendida y expulsada de una gran parte de África por las tribus de los negros propiamente dichos, hoy en ella dominantes.

Esta expulsión y esta intrusión se realizaron, al parecer, en el Sud de África del modo siguiente: los negros invasores, y en este caso los cafres propiamente dichos, se apoderaron de la parte más favorecida del Sud de África, la del Este, cuya frontera con los hotentotes y bosquimanos forma actualmente una línea que divide casi toda el África meridional, desde el lago Ngami, ó sea desde el 20.º Después de lo que llevamos dicho acerca de la naturaleza del Sud de África se comprende que estas tribus antiguamente sedentarias en estos territorios (con toda intención evitamos la expresión «habitantes primitivos» que se presta á malas inteligencias) sufrieron la peor suerte, pues los invasores, más fuertes, les señalaron para residencia el lado occidental. Puede, pues, sospecharse que la osificación ó el retroceso de estos amarillos sud-africanos, que han permanecido en un grado de cultura inferior al de los mismos cafres, sea debida en gran parte á este hecho de haber sido llevados á condiciones de vida más desfavorables. Sobre este particular diremos algo más adelante. Lo que está fuera de toda duda es que este hecho contribuyó á mantener á esos pueblos en un grado de inferioridad. Prescindiendo de las condiciones naturales menos favorables, hubieron de verse obligados á sostener una doble lucha por la existencia: los bosquimanos tuvieron que luchar con los cafres en defensa de su caza y con los hotentotes en defensa de sus pastos: además aquéllos y éstos hubieron de luchar entre sí cuanto más acorralados se veían, lucha inevitable entre cazadores y pastores y que forzosamente estalla en donde quiera que la desgracia les obligue á vivir juntos en un espacio reducido. El bosquimán, á falta de fieras y sin cuidarse de las tribus afines, tomaba por antílopes, cebras y avestruces á los carneros, cabras y bueyes; de aquí la enemistad mortal y tradicional entre los hotentotes y bosquimanos, enemistad que pudo contribuir á crear entre sus rasgos étnicos un antagonismo que quizás en su origen no revestía tan notables proporciones.

Consideradas imparcialmente las relaciones antropológicas que entre los dos pueblos sud-africanos de color claro existen, pueden resumirse en lo siguiente: el bosquimán presenta rasgos más puros y más marcados que el hotentote. Si, prescindiendo del color, tomamos como rasgos más ó menos comunes á ambos, la pequeña estatura, la piel clara y arrugada, las manos y los pies pequeños, el cabello ensortijado en forma de granos de pimienta, los perforados húmeros, los vómers prematuramente osificados, y entre las mujeres la abultada región anal y el llamado delantal hotentote, veremos que estos detalles aparecen siempre más marcados y más persistentes en los bosquimanos que en los hotentotes.

El carácter de los primeros es más salvaje y animal que el de los últimos, lo cual armoniza perfectamente con la profunda diferencia etnográfica que existe entre la vida errante